

rar fuera de la ciudad, que se les cortasen las melenas y que trajeran el vestido y cabello á su usanza, como se habia prevenido varias veces; y en otro, finalmente, se prohibió el baratillo y el uso del pulque, atribuyendo á esta bebida la culpa del tumulto.

Estas disposiciones produjeron el efecto deseado; mas como no eran las mas á propósito para conciliarse á los descontentos, queriendo estos mostrar su disgusto, á falta de imprenta, apelaran al único recurso de que entonces podian echar mano, y eran los pasquines. Apareció uno en estos términos:

REPRESENTASE LA COMEDIA FAMOSA DE
"PEOR ESTA QUE ESTABA."

¿No se ve asomar en estas manifestaciones el espíritu que mas tarde dictó la independendia de la patria?

Presentíanlo así los gobernantes, y de ahí emanaban todas las providencias que tendian á sofocar la menor falta de mesura en la espresion del pensamiento, que bien podia decirse estar encadenado, pues que solo la proclamacion de la libertad de imprenta hubiera sido entonces reputada por blasfemia ó herejía.

Con todo, el sistema de pasquines era el medio adoptado por los oprimidos para echar en cara á los tiranos su maldad, cuando el peso del yugo se hacia sentir en estremo; y en esa vez las palabras y los hechos tuvieron tal elocuencia, que obligaron al gobierno á variar de conducta. En efecto, no parece sino que el levantamiento de los naturales tuvo una influencia milagrosa en hacer cesar la carestía de mantenimientos, como que luego al dia siguiente hubo maíz y trigo en abundancia; de que se concluyó entonces que la falta que antes habia de esas semillas fue obra de que ciertos personajes que las ocultaron para venderlas, llegada el hambre, á muy subidos precios.

XXV.

EL SACRISTAN.

Viniendo ahora al dominio de la historia moderna, el convento de San Francisco nos abre su tesoro de memorias, de entre las cuales solo escogeremos las que, á juicio nuestro, son mas interesantes.

Desde luego la capilla del Señor de Búrgos nos invita á consagrar algunas líneas á su célebre sacristan, á Pablo Morales, cuya aventura anda en boca de todos, y que ha dado asunto á una comedia y á varias relaciones novelescas. Añadiremos otra á las ya escritas.

Pablo era el prototipo del sacristan, pero no así como quiera, sino del sacristan mejicano, del sacristan de iglesia rica, á donde concurren diariamente diez ó veinte eclesiásticos á decir misa; amigo del canónigo F., ciego admirador de los sermones del obispo S. y familiarizado, como ninguno, con el lenguaje particular usado en el trato con reverendos y reverendas.

Moceton afable con las damas que frecuentaban la capilla; sumiso, reverente, y un si es no es adulator de los superiores, sabia captarse las simpatías de los que le trataban, obteniendo esa especie de consideraciones que no son ni amistad ni indiferencia, pero que abren la puerta á la confianza.

Bien lo habia menester para realizar el proyecto que llegó á concebir en hora menguada.

Pablo no era ambicioso.

Su modesto salario, sus gages no siempre pingües, le ministraban lo suficiente para vivir sin apuros, y estaba contento con su suerte.

Pero llegó á verse, cuando menos lo pensaba, envuelto en las redes acerinas del amor: prendóse de una jóven hermosa, y segun fundadas presunciones, de fortuna superior á la suya.

Este fue el origen de su desgracia.

Declaró sus ansias; fue desdeñado al principio, correspondido

después, y al lado de su ídolo llegó á pasar horas de seráficas delicias.

Vino sin embargo un día en que el desenlace del drama era inevitable: era forzoso casarse.

¡Casarse y sin tener una gruesa suma para comprar ostentosas donas y amueblar una casa decentemente! . . . esto era un suplicio atroz, insufrible.

¿Qué hacer para haber á las manos esa suma?

La codicia se apoderó entonces del corazón de Pablo, como una serpiente que se desliza por la yerba y se introduce en su guarida de cieno al pie de un matorral.

El sacristan fue otro.

Su genio de ordinario alegre, sus modales zalameros, le abandonaron, dejando en su lugar la aspereza y la melancolía.

—¿Qué tienes, Pablo? solían preguntarle los religiosos al notar este cambio: ¿estás enfermo? ¿estás descontento con el destino? ¿aspiras á mejorar de sueldo? Habla, dí, te haremos algunas propuestas que puedan convenirte.

El sacristan contestaba con evasivas, y seguía taciturno, incómodo, desapacible y mal encarado con todos.

Pero las decoraciones se mudan en el teatro de la vida cuando menos se piensa, y las pasiones, los caracteres, las fortunas, las situaciones políticas se trasforman ó se suceden como los cambios de temperatura, como la serenidad del cielo y los nublados, como la aurora y el crepúsculo, y como el invierno que despoja á los árboles de su vestidura y el verano que se la devuelve llena de frescura y lozanía.

Pablo se presentó una mañana en la celda del padre sacristan respirando bienestar y regocijo; sus ojos despedían relámpagos de dicha, de sus labios manaban palabras de miel hiblea, y su semblante sonrosado y espresivo era una fiesta.

—¡Gracias á Dios que te veo como en tus días mejores, Pablo! ¿á qué atribuir tan feliz mudanza?

—¡La Providencia me ha favorecido, padre nuestro! soy rico, muy rico! . . . ¡dos loterías á un tiempo!

—¿Cómo es eso! ¡vamos, espícate!

—Sí, señor, como su paternidad lo oye: ¡dos loterías á un tiempo! ¡la de tres mil duros de la Virgen y . . . y . . . y . . . la de cien mil . . . de la . . . Habana!

—¡Hombre! tú vas á dar hoy á San Hipólito! . . . ¡pobre

muchacho! no hay duda, ha perdido la chaveta. . . . sí. . . . en eso habia de venir á parar esa tristeza mortal que sin cesar le devoraba. . . . ¡pobre!

—¿Pobre? . . . pobre era antes, hoy,—lo digo en mi entero juicio,—soy un potentado, créame su paternidad, y en prueba de ello, vengo á pedirle los mejores paramentos de la iglesia grande para adornar mi capilla, porque voy á costear en ella una funcion en accion de gracias, que hará ruido. . . . ¡qué, es humo de pajas, el favor que Dios acaba de dispensarme! Esto será antes de mi partida. . . . sí. . . . porque yo mismo he determinado ir á la Habana á cobrar mi dinero, y espere su paternidad buenas albricias á mi regreso.

El reverendo quedó largo rato mirando de hito en hito á su interlocutor, y algo menos incrédulo que antes se manifestó dispuesto á condescender con los deseos que este le habia significado.

Días después los estrepitosos repiques, las cortinas colgantes de las torres, las ruedas de cohetes, la ruidosa armonía de la orquesta y la concurrencia de las principales señoras de la capital ostentando su elegante trage de iglesia, anunciaban una gran solemnidad religiosa, una fiesta *de tono*, en la capilla del Señor de Búrgos.

El sacristan, primorosamente vestido, risueño, remozado, con una miradilla distraída y un tanto cuanto protectora, repartía alibarados saludos á sus numerosos amigos y amigas, y la promesa de darles albricias se desprendía á menudo de sus labios.

Predicó el sermón el señor obispo Madrid, que era el orador mas popular en aquella época, y en él hizo alusion honrosa al sacristan y á la manera con que correspondia á los beneficios de la Providencia, exhortando á los fieles á imitar una conducta tan noble y edificante.

El templo, á la luz de mil cirios, resplandecía con los ricos paramentos y la muchedumbre de adornos de oro y plata de la iglesia grande. La mitad de aquellos objetos valian cien veces mas que el importe de las dos loterías con que habia sido premiado Pablo; pero él, á juzgar por el tono de sus conversaciones, imaginábase dueño de una fortuna superior á la de Crespo, y tantos tesoros reunidos apenas le llamaban la atencion, si ya no era por amor al objeto á que estaban destinados.

Nueva decoracion,

La gente que sale en tumulto de la iglesia, los bulliciosos repiques y los truenos de las ruedas de cohetes antisociales, anuncian el fin de la solemnidad.

Pablo recibe nuevas y mas cordiales enhorabuenas, y un momento despues todo estaba en silencio en lo interior de la capilla y en el atrio del convento. No así en una sala, donde el brillante Pablo habia mandado preparar un refresco para obsequiar á los religiosos y á varios seglares convidados.

Allí todo era algazara.

Con el calor del festin las conversaciones se animaban, tomando un rumbo por donde no podian menos de llegar á lisonjear al héroe del dia; y como en torno de la mesa no faltaban personas de cuenta, los juicios que formaban acerca de él y sus hechos, tenian un barniz de autoridad envidiable.

Quien sostenia que el insigne sacristan era verdaderamente digno por sus prendas del favor que acababa de dispensarle la fortuna; quien aspiraba á la honra de llamarle amigo, ofreciéndole su casa, su hacienda, su influencia y crédito en la sociedad; este, abundando en sentimientos mas benévolos, le manifiesta que, sin saber por qué, hacia tiempo le era muy aficionado, y que no podia verle con ojos serenos en una situacion para la cual ciertamente no habia nacido; aquel le juzgaba capaz de grandes acciones y no vacila en pronosticar que será con el tiempo la gloria de su patria; y el de mas allá, mirándole con recato á veces, y á veces con estudiado asombro, le pregunta al fin el nombre de su padre y abuelo, concluyendo con esclamar:

—¡Bien me lo decia el corazon! al fin habia de encontrar algun vástago de esta noble familia. Segun me han informado, usted se llama Pablo Morales. . . . nativo de Méjico, ¿no es así? . . . hijo de D. Pablo, que casó con. . . . ¡Oh! vaya! si yo casi, casi puedo tutearte. Figúrate que tu padre y yo de solteros nos tratábamos como hermanos, mas que hermanos, porque los hermanos suelen andar con pleitos, y Pablo y yo jamás tuvimos el mas ligero disgusto originado de alguna oposicion entre los dos, y antes bien no podiamos estar el uno sin el otro, y todo entre nosotros era comun, dinero, amistades, paseos, goces y pesares. . . . Pero tu padre casó, y cuando tú naciste yo tuve que partir á la Habana (adonde irás en breve, y cuenta que para allá te daré escelentes cartas de recomendacion) y desde entonces ni yo volví á saber de tu padre, y sin duda ni

tu padre de mí. Pero era forzoso que alguna vez la fortuna me deparase la dicha de abrazar al hijo de mi buen amigo Pablo. . . . ¡Señores, créanme ustedes! acabo de hacer un descubrimiento que me rejuvenece; este muchacho es un objeto á quien deseaba ver hace tiempo, y que hacia falta á mi corazon. . . . ¡Pero tú aquí destinado! ¡válgame Dios, y á dónde van á parar las familias cuando falta el cabeza de casa algo mas temprano de lo que era regular! . . . En fin, la Providencia acaba de deshacer la injusticia con que te ha tratado hasta hoy la fortuna. . . . Haz por aprovecharte. . . . ya entraremos juntos en algunos negocios que triplicarán tu hacienda en un santiamen. Sin necesidad de esto, mis bienes son tuyos, y dispon de ellos como gustes.

Pablo estaba aturdido.

Oia alternativamente ó casi á un tiempo todas aquellas ofertas y alabanzas sin saber qué contestar, sin acertar á explicarse el por qué de tantas atenciones, dudando si estaba soñando ó despierto, y le zumbaban los oidos como si estuviera á punto de ser atacado de un vértigo.

Pero en sus lúcidos intervalos, sonriendo con el mas alto desden, decia en sus adentros:

—Mundo ruin! indecentes cortesanos de la fortuna, hombres de cieno, tigres con aquel de quien nada esperais, y sabandijas inmundas con el que puede seros de algun provecho! . . . ¡Cuánto mas valgo que vosotros, yo que dentro de poco tiempo seré. . . . y soy ya. . . . en fin. . . . pero á lo menos no me nivelaré jamás hasta vosotros, hasta el fango en que os arrastrais!

Terminada aquella escena, Pablo aparece en la casa de su novia, cargado de joyas y soberbios trages para engalanar á la bella el dia de la boda, que ya estaba próxima.

Para la novia fue esta visita uno de aquellos acontecimientos que dejan una huella profunda en la memoria, y ella tambien desconoció al sacristan, pareciéndole mas jóven, mas hermoso, de mas talento, y sobre todo, mas amable y galan. Algo singular habia pasado en él, que ella no sabia lo que era ni á qué atribuirlo; algo verdaderamente maravilloso que le habia transformado en un sér de nueva especie, y que le revestia de un hechizo inefable, irresistible.

Pablo se entristeció mucho mas al notar que tambien de su novia era objeto de tan desmesurada é intempestiva admiracion.

Pero ¿qué hacer? ¿Cómo variar la dirección que regularmente sigue el torrente de los afectos humanos?

A lo menos aquella mujer no le habia desdeñado antes de su engrandecimiento...

Pero llegamos al desenlace del sainete.

Algun tiempo despues de los sucesos referidos, se notó en el convento cierto desasosiego, cierto alboroto, que aunque velados al principio por el misterio, no pudieron despues ocultarse aun á los ojos menos perspicaces.

Por fin, la causa de aquel sordo movimiento tuvo la mas completa publicidad.

—Esto es hecho, Pablo se ha despedido á la francesa, y ni se acordó de dejar sustituto en la sacristía.... ya se ve.... ¡lo que es el dinero!.... ¡qué le importa ahora el convento! ¡y vaya si soy un cándido! ¡pude imaginar que Pablo seguiria en su destino siendo ya tan rico!

—¡Calle, hermano, qué bien se conoce que no sabe lo que pasa!

—¡Pues qué pasa!

—¡Que el bueno de Pablo ha desaparecido!

—Ya lo veo.

—Pero no así como quiera, sino cometiendo el mas horrible de los sacrilegios... ¡esto es vergonzoso! ¡y que el convento haya alimentado tanto tiempo á esta víbora en su seno!

—Ahora sé menos lo que pasa.

—Pues sépalo bien! Pablo se ha fugado llevándose consigo innumerables alhajas pertenecientes á la iglesia; ha vendido algunas antes de irse, regaló otras á su novia, y ni hay lotería de la Habana ni...

—Pero ¡cómo ha sido eso! ¡no lo creo!... Pablo capaz de semejante crimen!... oh! vamos, su paternidad se chace!

—Nada de chanza! Vaya y tome informes de nuestro padre guardian!... ya verá lo que le dice... todo ha sido un ardid de ese tunante... la función que costeó en la capilla del Señor de Búrgos fue no mas que el medio de reunir en un solo lugar la plata y joyas del convento para escoger lo que mas convenia á sus miras.

—¡Y no se procura averiguar el paradero del delincuente!

—Sí; pero hasta este instante las diligencias de la justicia no

han dado ningun resultado satisfactorio. Se cree que todo ó la mayor parte de lo robado parecerá; pero á Pablo se lo ha tragado la tierra. No obstante...

—En fin, ya veremos, y este golpe nos hará mas cautos en lo sucesivo.

Así departian dos religiosos en la sacristía del templo mayor despues de decir misa y antes de tomar el desayuno.

Entre tanto, los objetos robados iban pareciendo en diferentes casas, donde el ladron los habia ocultado. La misma novia fue despojada de las alhajas y preseas que en donas habia recibido de su futuro, como una planta pierde sus flores á impulsos del huracan.

Las requisitorias se sucedian á las requisitorias, y las pesquisas á las pesquisas.

La policía abrió sus cien ojos.

El proceso seguia con la mayor actividad, y el juzgado continuaba haciendo cada dia nuevos y mas importantes descubrimientos. Una mañana se supo que en el camino de Méjico á Veracruz, habia sido detenido un carro que trasportaba un cajon con varias piezas de plata de iglesia: averiguándose la procedencia del cajon, se vino en conocimiento de que un francés residente en la capital, dueño de una casa de empeño, le habia remitido á Veracruz para que de allí siguiera su camino á Europa. El francés fue puesto á buen recaudo, y las pruebas demostraron que era cómplice del sacristan.

Pasado algun tiempo se hallaron en la casa de otro francés, tambien residente en la capital, algunos otros cajones con piezas de plata de iglesia, y examinadas estas así como las del cajon antes mencionado, no hubo la menor duda en que eran las de San Francisco. Pero este nuevo cómplice en el robo habia sabido ponerse en salvo anticipadamente.

La causa llegaba ya á su término; pero ¿dónde estaba entre tanto el principal delincuente?

Nadie lo sabia.

Sin embargo, la Providencia habia decretado no dejarle sin castigo.

Pasado algun tiempo, y cuando ya se iba evaporando la impresion que el atentado causara en los ánimos, una comision de policía se encaminó á la villa de Guadalupe Hidalgo en busca de un sugeto procesado por otros delitos.

Llega á una tienda, y de entre los dependientes saca á un jóven que tembló y se inmutó estremadamente al recibir aquella terrible visita.

Era de modales decentes; pero tenia el rostro desfigurado con algunas cicatrices... reliquias de quemaduras causadas con piedra infernal. El Maestro de Escuela de los *Misterios de Paris* habia tenido un alumno.

Este era Pablo Morales.

Trasladado á la capital, fue reducido á prision, en la que hubo de permanecer hasta que sentenciado á presidio por los tribunales que conocieron de su causa, salió de la cárcel para cumplir su condena en Santiago Tlatelolco, ó en Ulúa, segun otros afirman.

Tal fue el desenlace de este suceso, que bien puede considerarse como un episodio de la historia del convento.

Pablo, en el dia, está ya en libertad.

Se le ha visto en las calles de la capital como á un habitante de otro planeta trasladado al nuestro.

Pasa frente á la casa donde vive la que fue su novia y no se atreve á pasar los umbrales.

Huye el rostro á sus conocidos y de sus mejores amigos se recata.

Solo halla solaz en el convento de San Francisco. Allí entre los escombros de los derribados muros, imágen de su destino, pasa largas horas entregado á los inefables placeres de la meditacion; y cuando endereza los pasos á lo interior de la capilla del Señor de Búrgos, no puede menos de suspirar y de verter una lágrima.

XXVI.

PARTICULARIDADES.

La funcion religiosa con que el astuto sacristan solemnizó el supuesto cambio de su fortuna, nos trae á la memoria la brillantez, la gallardía, el boato que inseparablemente acompañaban á todas las fiestas en la iglesia mayor y capillas de San Francisco.

Lejos de nosotros la idea de describir esas fiestas que todos los habitantes de la capital, y muchos forasteros, han podido presenciar, llevados de la curiosidad ó de una devocion que jamás quedaron sin recompensa; pero no es dable concluir el bosquejo de la órden franciscana en nuestro suelo, sin llamar la atencion hácia algunos de esos espectáculos religiosos verdaderamente notables por su magnificencia ó por cierto carácter especial.

El de gravedad y sencillez distinguia la festividad vulgarmente llamada *jubileo de Porciúncula*, celebrada el 2 de Agosto en los monasterios franciscanos de ambos sexos.

Desde el dia anterior se empezaba á ganar la indulgencia, visitando las iglesias de los espesados monasterios, que se abrian á los fieles á la hora de vísperas. ¿Veis esos carruajes que se detienen á las puertas del convento de San Francisco?

De ellos descenden damas bellas y opulentas, que con aire de recogimiento dirigen los pasos al recinto sagrado á derramar sus lágrimas ante los altares, y á confundir sus suspiros con los de la pobre mujer que solo cuenta para vivir con un mezquino salario. Esta pide al cielo el remedio de sus necesidades físicas, mientras aquellas solicitan con ahinco la medicina que cura las dolencias del alma. Ningun estado, ninguna condicion están libres de miserias, y la riqueza suele ocultar en su seno llagas terribles que le carcomen y que solo se atreve á descubrir á los ojos de Dios...

El altar mayor está adornado con flores naturales, y en los rayos de oro que circundan el relicario donde se contiene la hostia consagrada, refleja la luz de los cirios, que arden apaciblemente, colocados en hileras con simetría.

Ligeras nubes de incienso se levantan despacio hácia las bóvedas: tal vez en su camino se encuentran con un rayo solar que penetra por una de las ventanas del cimborrio, y al atravesarle se tiñen de oro encendido... ¡Imágenes de los pensamientos que nacen de un alma desgraciada. Tristes y adustos mientras se arrastran por la tierra, alegres y risueños cuando se convierten al cielo.

El canto grave y severo de los religiosos, los suspiros del